

La mujer camello

LÓPEZ DE TEJADA, MANUEL

La mujer camello / Manuel López de Tejada. - 1a ed. - Rosario :
Editorial Municipal de Rosario, 2019.

84 p. ; 20 x 11 cm. - (Serie novela corta ; 6)

ISBN 978-987-1912-89-6

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título
CDD A863

Rosario =

Municipalidad de Rosario
Secretaría de Cultura y Educación

Año 2019

© Manuel López de Tejada

:e(m)r;

© Editorial Municipal de Rosario
Planetario Luis C. Carballo, Parque Urquiza
S2000BMH Rosario, Santa Fe, Argentina.
emr@rosario.gov.ar
www.emr-rosario.gob.ar

Corrección: Glòria Bassols

Edición de 500 ejemplares
Interior: papel boockcel 80 gr
Tapa: cartulina 200 gr
Títulos: tipografía Asap

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723
Reservados todos los derechos

ISBN 978-987-1912-89-6

CUIT 30-99900315-6
Impreso en la Argentina

La mujer camello

Manuel López de Tejada

Editorial Municipal de Rosario

El complemento ideal de la mujer es un camello sin jorobas. Yo lo vislumbré cuatro años atrás, cuando mis anfitriones de la Universidad de Medio Oriente, donde había dictado un seminario científico, me llevaron de excursión por el Sahara. Aquel paseo, que en principio solo acepté por educación, se transformó en una aventura trascendente. La magia de las dunas a la luz del alba, la camaradería, los turbantes y los largos atuendos borraron las diferencias culturales y me hicieron sentir un verdadero viandante del desierto. Pero lo más exótico de todo fue el contacto con mi camello, cuyas jorobas me provocaron una sensación inquietante, como si se tratara de unos pechos de mujer expuestos a las caricias. Claro que no di rienda suelta a esa fantasía, al menos de modo directo, pero empecé a meditar la relación camello-mujer y a urdir un ex-

perimento con arrebatada convicción.

Cinco meses después, la idea se había organizado en mi mente, pero no se la comenté a mis colegas. Antes de exponerme a la incomprensión, al desprestigio, al calificativo de enfermo, pedí el pase a retiro con solo sesenta años, acepté una renta vitalicia del gobierno por los servicios prestados a la ciencia y me mudé a mi finca en una isla privada del Caribe, donde tenía instalado un laboratorio de primer orden, con mi esposa Linda y un matrimonio encargado del servicio. Allí desplegué una intensísima actividad, que solo interrumpía cuando me ganaba el cansancio. Entonces caminaba o andaba a caballo por ese paraíso de arena, morros y bosques, o bajaba a la playa para estar con Linda, a quien también mantuve al margen del proyecto. No quería preocuparla con antelación.

Dos o tres días antes de Navidad, mi empeño y mi olfato de investigador dieron sus frutos. Logré clonar un camello macho modificado. En la programación genética le suprimí las gibas con el propósito de sustituirlas en el futuro por los pechos de mi esposa, y le aporté un crecimiento precoz: en dos años alcanzaría el máximo desarrollo, llegaría a medir un metro sesenta de ancho y sus patas soportarían

cargas cinco veces más pesadas que lo habitual. Así mi mujer podría permanecer sin inconvenientes sobre las vértebras del camello y conformar con él un híbrido sobrenatural, cuya aparición rompería con principios biológicos y ofrecería un amplio campo de estudio.

Hasta aquella instancia, el invento se me presentaba como una sucesión de pasos realizables, pero apenas procuraba transitarlos metía los pies en zona pantanosa, sufría colapsos horribles, perdía la noción de mí mismo y la recuperaba sin inquietar a nadie. Durante aquellos meses hice varias visitas a mi país para conformar a Linda y para buscar inspiración. Pero ni bien hallé la senda correcta, corté el cable de Internet. La idea era evitar el contacto de mi esposa con sus padres y amigos, que procurarían salvarla de mis garras en el momento justo. Obviamente, a ella no le dije la verdad. Le eché la culpa de nuestra incomunicación a los estragos de una tormenta, y Linda no sospechó nada. Me pidió solicitar la reparación en la localidad más cercana a nuestra isla, y fui complaciente con ella. La llevé en el yate hasta Ciudad de Belice, donde me las ingenié para dividir nuestras tareas. Mientras Linda informaba por teléfono a su gente sobre el desperfecto técnico y se con-

fiaba a una pronta solución, yo simulé elevar el reclamo pertinente en la empresa prestadora del servicio. Luego, durante el almuerzo en un restorán de comida francesa, protesté contra la ineficiencia de los caribeños con el propósito de dilatar las exigencias futuras de Linda por la falta de conectividad. Sin embargo no llegó a ponerse molesta. Los hechos se precipitaron con la celeridad de las grandes conquistas. Por aquella época el camello había superado los dos años de vida y Benjamín, mi habilidoso empleado, lo había domesticado como si fuera un árabe. Daba gusto salir a cabalgar en ese animal manso, aunque su descomunal tamaño, que lo emparentaba con un elefante, impedía el uso de estribos. Quizás por esto Linda nunca se atrevió a montarlo, o quizás ya tenía un mal presentimiento vinculado al animal, si bien de vez en cuando le ofrecía manojos de alfalfa e intentaba descifrar la razón de su existencia, aunque sin éxito. Por fin una mañana establecí los fundamentos teóricos y prácticos de la invención, que denominé clonación con injerto. También bosquejé en la computadora el lomo del animal y la espalda de mi mujer con los puntos precisos donde debía hacer las incisiones para colocar el minúsculo dispositivo de succión